

LA REVOLUCIÓN QUE
NO VIERON VENIR

MILEI

HS

HOJAS DEL SUR

www.hojasdelsur.com

CRÉDITOS EDITORIALES

Milei : la revolución que no vieron venir

Márquez, Nicolás

Milei : la revolución que no vieron venir / Nicolás Márquez ; Marcelo Duclos. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hojas del Sur, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

1. Ensayo Político. I. Duclos, Marcelo II. Título

CDD 320.82

Editorial Hojas del Sur S.A.

Albarellos 3016

Buenos Aires, C1419FSU, Argentina

e-mail: info@hojasdelsur.com

www.hojasdelsur.com

Dirección editorial: Andrés Mego

Edición y corrección: Silvana Freddi y Ana Tamagno

Diseño de portada e interior: Cali Hernández y Vero Lara

©2024 Editorial Hojas del Sur S.A.

Libro de edición Argentina

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes vigentes.

Contenido

CRÉDITOS EDITORIALES

PRÓLOGO

JAVIER MILEI Y LA BATALLACULTURAL

PRIMERA PARTE

VIAJE RELÁMPAGO A LA QUINTA DE OLIVOS

MEDIO SIGLO DE DECADENCIA

LA AUTOCONSTRUCCIÓN DE JAVIER MILEI

EL TOUR DE LA LIBERTAD

UN ORDENAMIENTO IDEOLÓGICO

EL DESPERTAR DE LOS LEONES

LA LARGA CARRERA PRESIDENCIAL

EPÍLOGO

JAVIER MILEI PRESIDENTE DE LOS ARGENTINOS DE BIEN

SEGUNDA PARTE

Prefacio de la segunda parte

Reflexiones sobre el liberalismo

El presidente anarcocapitalista

La imposibilidad teórica del anarquismo de izquierda

¿Estás a favor del robo?

¿Quiénes son los “fachos”?

Las manos porosas de los políticos, los incentivos negativos del estatismo y la hiperregulación

Corrupción e incentivos

La casta y su significado para el liberalismo

¿Ideas que no se probaron en ningún lado?

Falacias e incongruencias contra Milei y el liberalismo

La Escuela Austríaca de economía

Un presente complicado y un futuro prometedor

BIBLIOGRAFÍA

WEBGRAFÍA

DIARIOS / SITIOS DE INTERNET

PRÓLOGO

**JAVIER MILEI Y LA
BATALLACULTURAL**

Agustín Laje

Hasta tal punto resulta difícil entender el ascenso al poder de Javier Milei sin recurrir al concepto de “batalla cultural” que incluso el periodismo mainstream ha tenido que incorporarlo en sus análisis, aunque privándolo, desde luego, de toda profundidad teórica. En rigor, la “batalla cultural” hoy está en boca de todos: parece haberse constituido en la clave hermenéutica del momento, aquella que funciona como llave para interpretar lo que cada vez más, también, se ha dado en llamar “Nueva Derecha”.

Lo interesante del caso es que, al menos desde la segunda mitad del siglo xx, la cultura había estado bajo el poder de las diversas ideologías de izquierda. En efecto, la cultura había sido algo así como su premio consuelo, en vistas del triunfo inexorable del sistema capitalista, el derrumbe de los experimentos totalitarios del socialismo real, el advenimiento de la globalización económica y la formación del sistema de producción posindustrial, que terminó haciendo de la “clase obrera” un sujeto político quedado definitivamente en el pasado.

Las izquierdas se replegaron e hicieron de la “cultura” su refugio. Cine, radio, televisión, diarios, revistas, libros, colegios, universidades, arte, teatro, música: la enorme esfera cultural — que, además, se encontraba ya en permanente expansión tecnológica y burocrática—, no había sido advertida por las teorías revolucionarias del siglo XIX y de las primeras décadas del XX como un ámbito de importancia estratégica para el despliegue de una revolución política, con excepción de un hombre: el italiano marxista Antonio Gramsci.

Así pues, la noción de que la “cultura” resulta fundamental para la toma del poder político corresponde, en el siglo XX, al pensamiento estratégico no de la derecha sino de la izquierda. Si el método de la revolución violenta (al estilo leninista),¹ en virtud del cual un grupo político se apropia por la fuerza del aparato coercitivo del Estado, queda clausurado o pospuesto por el motivo que fuere, subsiste todavía un método mucho menos perceptible que emerge como alternativa: el de apropiarse de los aparatos ideológicos y culturales,² para acceder al poder una vez que la “cabeza” del hombre, por decirlo de alguna forma, haya sido conquistada. De ahí que Gramsci haya redefinido, célebremente al Estado como “hegemonía acorazada con coerción”:³ lo que estaba subrayando con ello era que los instrumentos de violencia física por los cuales habitualmente caracterizamos el Estado⁴ son, en realidad, apenas la mitad de la ecuación. El Estado es, sobre todo, consenso cultural (y esto es la hegemonía) con respaldo último en la fuerza de las armas.

Los seres humanos somos animales culturales. Nacemos, vivimos y morimos rodeados de elementos que han sido el fruto de nuestra propia creación (nuestro propio cultivo). A través de ellos, a su vez, nos insertamos en marcos interpretativos por medio de los cuales comprendemos el mundo y definimos nuestra acción en consecuencia. Toda acción humana depende de una

previa interpretación (del medio, de los fines, de los valores en juego, de los signos y símbolos, las historias y los mitos, las creencias y las costumbres, las palabras y las formas, los ritos y las tradiciones). La cultura nos brinda la materia prima que, sin ser del todo conscientes de ello, utilizamos en cada una de nuestras interpretaciones y, en este sentido, se inmiscuye en la determinación de nuestras acciones.

Visto de esta manera, la cultura se muestra ante nuestros ojos como poder. Max Weber definió el poder como “la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad”⁵. La cultura es poder en la medida en que puede ser divisada con claridad como el fundamento de una serie de conductas. La torsión de los valores, de los signos, de las historias, del lenguaje, etc., se convierte en torsión de la voluntad, con una ventaja por sobre aquella torsión que se logra por medio de la fuerza física: resulta infinitamente menos perceptible.

La batalla cultural es una lógica de la acción política que repara en el poder de la cultura al menos en dos sentidos distintos, pero interrelacionados. Por un lado, la cultura como un conjunto de medios e instituciones por los que la comunicación humana fluye sin cesar, definiendo los marcos interpretativos en los que las personas viven. Televisión, diarios, libros, películas, series, canciones, redes sociales, escuelas, universidades, iglesias, fundaciones, constituyen tan solo un puñado de ejemplos. La política, antes vinculada casi con exclusividad a las instituciones del Estado, se derrama en una teoría de la batalla cultural a todos los ámbitos, donde es posible comunicar sistemáticamente. Pero, por el otro lado, la cultura es advertida también como la índole misma del conflicto político; en una teoría de la batalla cultural, los temas de la política se expanden hacia áreas que, hace algún tiempo, eran consideradas como meramente culturales. Historia, sexo, familia, religión, etnias, identidad, estética, moral: la batalla cultural se despliega en los ámbitos más disímiles.

Esta es la llave maestra de Javier Milei: haber comprendido la batalla cultural en su sentido integral, que involucra ambas dimensiones. Su victoria política, ciertamente inesperada para casi la totalidad de los actores y analistas políticos, no puede ser adjudicada a las virtudes de un aparato partidario, ni a grandes financistas, ni al favor de los medios de comunicación tradicionales, ni al espaldarazo de poderes extranjeros, ni al apalancamiento a través del Estado, como usualmente ocurre. Tampoco puede ser reducida a la única variable del contexto económico, puesto que, de ser así, resulta difícil explicar por qué Milei, y no Bullrich o Larreta.

El diferencial más notable de Milei respecto de todos los demás lleva el nombre de “batalla cultural”, y por eso, precisamente, se ha convertido esta en la clave interpretativa del momento. En efecto, la trayectoria misma del economista está definida en torno a esta noción. El proyecto de Milei no empieza con una elección presidencial, sino con una voluntad de influir culturalmente en un contexto en el que la decadencia queda definida, en primer lugar, como decadencia cultural, de la que la decadencia económica resulta ser su consecuencia más tangible.

Este punto de partida resulta vital. El economista libertario plantea un diagnóstico, que identifica el fondo del problema con algo llamado “cultura”. El desastre económico argentino, producto del intervencionismo estatal creciente y descontrolado, no se resuelve operando cambios meramente económicos, sino que requiere, al mismo tiempo, desterrar los marcos interpretativos socialistas hegemónicos que se impusieron para garantizar el saqueo y el desastre que la casta política produjo. Milei no es ni sociólogo ni antropólogo, pero tiene de su lado la riqueza teórica de la Escuela Austríaca de Economía, de cuyo seno un Friedrich Hayek pudo decir alguna vez que un economista que únicamente supiera de economía sería un peligro para la sociedad. O de un Ludwig von Mises que, ya en 1922, apostó por la lucha de ideas en su obra

Socialismo: un análisis económico y sociológico. O de un Murray Rothbard que, en su fase paleolibertaria, reivindicó las luchas culturales contra la “Nueva Izquierda”. Milei sabe perfectamente que la economía es un sistema social interrelacionado con otros sistemas sociales, como la política, pero también la cultura.

Hecho el diagnóstico, Milei emprendió su propia batalla cultural. No era el único en hacerlo, ciertamente. Muchos otros, como los autores de este libro y quien escribe este prólogo, veníamos haciendo lo propio y con enormes esfuerzos. Pero Milei tuvo una diferencia específica respecto de todos los demás: su carisma. El encanto de su personalidad, la autenticidad de sus formas (¿algo más ridículo que criticarlo políticamente por sus formas, allí donde estas explican en gran medida su diferencia respecto de todos los demás?), el coraje de asumir los temas más políticamente incorrectos hicieron de Milei un personaje atractivo para el grueso de la población, que hizo subir el rating de los programas donde osaban invitarlo.

La lógica del mercado se impuso, y Milei se convirtió con rapidez en una personalidad de los grandes medios. Mientras tanto, escribía libros, daba conferencias, participaba de paneles en fundaciones y, sobre todo, hacía crecer su presencia en redes sociales. Los medios tradicionales, ciertamente importantes en el inicio, cada vez lo fueron menos. El poder cultural de Milei se emancipaba de esas plataformas, en el sentido de necesitarlas cada vez menos para que su mensaje se derramara por doquier. Sus redes ganaron autonomía, se convirtieron en su principal vía de comunicación directa con un público en permanente aumento, y llegó un momento en que los medios hegemónicos, aun cuando no quisieran contribuir a la difusión de su persona, sencillamente, no pudieron dejar de hablar de él.

La batalla cultural de Milei no se redujo a lo económico, sino que se abrió a una serie de temas que la “vieja centroderecha” hubiera considerado ociosos e innecesarios. Así, por ejemplo, Milei apoyó explícitamente la causa provida, desde que el macrismo, y después el kirchnerismo, trajeron el debate de la legalización del asesinato de seres humanos en gestación. Mucho antes de ser candidato a nada, el economista libertario se paseó por los principales medios de comunicación defendiendo el derecho a vivir. También participó de las manifestaciones a favor de las dos vidas. Es significativo el hecho de que la militancia provida de Milei haya trascendido el contexto de aquellos debates y que haya sido reafirmada durante su campaña electoral del 2023. Cualquier asesor político le hubiera aconsejado que se llamara al silencio sobre ese tema, puesto que ya no es parte de la agenda pública del país, y abrirlo nuevamente podría generar “malestar social”. El periodista Alejandro Fantino se lo dijo con claridad al aire, a lo que el Milei candidato respondió que no le importaba en absoluto. En efecto, su batalla cultural tiene una lógica muy distinta de la batalla político-electoral tradicional. Su compromiso con valores y derechos fundamentales, como son los de la vida, la libertad y la propiedad, no se sujeta a encuestas de opinión y de focus group por encargo. Si así fuera, sería muy difícil distinguirlo de la acobardada praxis macrista, cuyas “convicciones” e “ideales” son tan débiles que se hacen añicos bajo el imperio de los sondeos de opinión.

Milei también se definió contra la ideología de género y todos sus ridículos elementos asociados. Así pues, enfrentó al feminismo hegemónico y sus dogmas (“brecha salarial” incluida); atacó el absurdo del mal llamado “lenguaje inclusivo”; se opuso al adoctrinamiento que se baja a través de la ESI y sus currículos de corrupción y confusión sexual de menores; enfrentó la idea de que el Estado les debe a los individuos algo llamado derechos de “identidad” según las autopercepciones de cada quién, y que, para cumplimentarlos, debe meter las manos en los bolsillos de los demás a los fines de financiar hormonas, cirugías y disfraces varios. En el debate presidencial, Milei se paró firme contra todo este tipo de agendas al expresar su rotunda

negativa a apoyar la “Agenda 2030”, cuya clave hermenéutica transversal, según CEPAL, es precisamente la categoría del “género”.

En lo que compete a la discusión histórica, también desde antes de incursionar en la política, el libertario fijó posición. Sobre los años setenta, en particular, denunció siempre que pudo el daño que se hizo a la sociedad al contar a medias la historia, con el propósito de reivindicar a guerrilleros y terroristas, y lucrar con los banderines “derechohumanistas”. No hubiéramos tenido 24 de marzo de 1976 si no hubiera existido un ataque terrorista previo contra gobiernos democráticos y constitucionales, dirigidos especialmente desde Cuba. Esta es “la otra parte de la verdad” (tal es el título del primer libro de Nicolás Márquez) que ha sido sistemáticamente ocultada porque, en el momento en que se cuente, los años setenta se mostrarán bajo una nueva luz. También es significativo que, incluso en su debate presidencial, Milei haya decidido negar la veracidad de los “30.000 desaparecidos”, nada menos que el eslogan favorito del setentismo y de los corruptos abanderados de “derechos humanos”. Otra vez, cualquier asesor político hubiera recomendado enfáticamente no meterse con ese tema, y mucho menos con semejante vaca sagrada: pero la batalla cultural es mucho más que una batalla político-electoral; la batalla cultural requiere que la historia sea puesta en su lugar.

En lo que refiere a la historia del siglo XIX, Milei ha reivindicado como inspiración de su proyecto político, fundamentalmente, dos figuras: la de Juan Bautista Alberdi y la de Julio Argentino Roca. El liberal clásico junto al que Natalio Botana ubicó como la personalidad más prominente del “orden conservador” que se instituyó en el país hacia finales de ese siglo. Esta es toda una definición político-práctica, fundada en la experiencia histórica nacional, en la que libertarios y conservadores se encuentran en algo que hoy muchos llamamos “Nueva Derecha”.

En materia económica, el foco de la batalla cultural de Milei pasó por hacer añicos la estafa de la “justicia social”, entendida como redistribución coercitiva a cargo de la casta política. En nombre de esta, el Estado nunca dejó de agigantarse; en nombre de esta, el gasto público nunca dejó de crecer; en nombre de esta, los cargos públicos, las prevendas, las regulaciones, el clientelismo y la corrupción nunca dejaron de aumentar. La “justicia social” es el corazón atávico del sistema ideológico de la casta, el que genera dos efectos interrelacionados: por un lado, deforma la cultura, inyectando en los individuos la extraña noción de que tienen “derecho” a que los demás les provean coercitivamente una serie de bienes y servicios; por el otro, configura el lugar de los políticos como el de los encargados de operar la coerción necesaria para que esos bienes y servicios fluyan de unos a otros. La “justicia social”, entendida de esta manera, es un acto de violencia sistemática políticamente establecida. Milei ha enseñado la verdadera cara de esta cuestión a un pueblo acostumbrado a deificar al Estado y a los políticos, en el nombre de la “justicia social”.

Podrían darse más ejemplos (como la conciencia generada sobre el despropósito del gasto fiscal, la afrenta a la libertad que significan los impuestos, la naturaleza monetaria de la inflación, etc.), pero estos cuatro puntos: aborto, ideología de género, historia, teoría de la justicia, cuyo centro de gravedad no pasa necesariamente por la cuestión económica, bastan para ilustrar nuestro punto. Y aquí viene lo más importante: conquistado democráticamente el poder, todo indica que Javier Milei continúa la batalla cultural, ahora desde su lugar de presidente de la Nación. En efecto, ninguno de estos temas ha desaparecido de la retórica del economista; sus enemigos están desconcertados, porque, al no entender desde hace tiempo qué es una verdadera batalla cultural, la confundieron con una mera táctica electoral. Así las cosas, ahora se escandalizan cuando ven que en tan solo sus primeros cien días (momento en que escribo este prólogo), el Presidente ha eliminado el “Ministerio de la Mujer, los Géneros y las Diversidades”;

suprimido el mal llamado “lenguaje inclusivo” de la administración pública; eliminado el INADI, el INCAA, Télam; y desmantelado cada vez más el aparato cultural kirchnerista heredado. Además, reivindica el derecho a vivir en sus apariciones públicas, en sus redes e incluso en una charla para un colegio, y sus diputados más importantes, como Bertie Benegas Lynch, adelantan que, cuando el momento político sea propicio para conseguirlo, desterrarán también el aborto. Quita los símbolos feministas de la Casa Rosada nada menos que el 8 de marzo; muestra la otra parte de la verdad nada menos que el 24 de marzo, y muchas otras medidas más.

La batalla cultural es la clave con la que ha de interpretarse a Milei, no en un momento en particular, sino en tanto un proyecto integral: el Milei antes de ser candidato, el Milei candidato y, ahora, el Milei presidente de los argentinos. Si su diagnóstico es correcto, el país saldrá definitivamente de su decadencia renovándose culturalmente, abrazando valores de honestidad, trabajo duro, mérito y ahorro, respetando la vida, la libertad y la propiedad de los demás.

El presente libro es una contribución a esto mismo: a conocer en profundidad a Javier Milei, el camino que le tocó recorrer, su contexto histórico de acción, las ideas que lo marcaron, las fuentes de su pensamiento, sus definiciones políticas e ideológicas, y lo que se puede esperar de él en lo que viene. Este libro es un gran aporte para todos los que quieren, además, acompañar esta patriada que ha sorprendido al mundo entero, sumándose a la batalla cultural que, por definición, carece de término final y que debe ser librada todos los días y en todos los ámbitos que nos requieran.

¹ Vladímir Ilich Lenin, la gran cabeza detrás de la Revolución Rusa, puso en práctica una teoría de la toma del poder a través de la violencia, expuesta en su libro *El Estado y la revolución*. Es interesante advertir, asimismo, que Lenin reconoce en otra parte que la violencia no solo debe ser utilizada para acceder al poder, sino también para gobernar a los hombres. En 1918, Lenin reconocía sin ambages que la dictadura que lo tenía por artífice es “un poder que se apoya directamente en la violencia y no está coartado por ley alguna”, y que, por ende, “la dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y mantenido mediante la violencia ejercida por el proletariado sobre la burguesía, un poder no coartado por ley alguna”. (Vladímir Ilich Lenin. *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2007, p. 16).

² Esta terminología, en particular, corresponde a Louis Althusser, que desarrolló algunos pensamientos de Gramsci en la segunda mitad del siglo XX.

³ Antonio Gramsci, *Antología*. Volumen II (Buenos Aires, Siglo XXI, 2014), p. 392.

⁴ Piénsese en la ya clásica definición del Estado ofrecida por Max Weber: “Un instituto político de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión al monopolio de la coacción física legítima para el mantenimiento del orden vigente” (*Economía y sociedad* [Ciudad de México: FCE, 2016], p. 185).

⁵ *Ibíd.*, p. 183.

⁶ Para profundizar esta cuestión, recomiendo al lector leer *El atavismo de la justicia social* de Friedrich Hayek, y *Anarquía, Estado y utopía* de Robert Nozick.

PRIMERA PARTE

Nicolás Márquez

INTRODUCCIÓN

VIAJE RELÁMPAGO A LA QUINTA DE OLIVOS

El día D

Fue casi un año entero signado por el nerviosismo, la ansiedad, la entrega física, y también el agobio psicológico. Tres días antes de los comicios del balotaje, el 16 de noviembre de 2023, en Córdoba Capital (tremendo bastión antikirchnerista), Javier Milei cerró la campaña ante una multitud tan enorme que algunos cálculos hablaban de medio millón de personas. En el escenario, además de referentes habituales de La Libertad Avanza (entre ellos, la diputada electa justamente por Córdoba María Celeste Ponce, Ramiro Marra y Victoria Villarruel), estaban, también, Agustín Laje en calidad de invitado especial, brindando su respaldo intelectual y, como enorme apoyo político, tomó previamente la palabra la mismísima Patricia Bullrich, quien fue recibida con una sonora ovación: “Tenemos que apoyar el cambio”, afirmó y, tras breves expresiones de aliento, concluyó: “Javier, te tocó el turno; ganaste y te acompañamos con patriotismo”.

Cuando llegó el esperado momento de Milei, tras haber brindado críticas durísimas a la mafia gobernante, llamó a contrarrestar “la campaña del miedo”, y arengó a sus seguidores para obtener un triunfo el 19 de noviembre, exhortando a cuidar las urnas porque, según él, “los votos estaban”. Y exclamó: “¡Viva la libertad, carajo!”⁷.

Lo cierto es que el día de las elecciones, en medio de tamaña expectativa, fui a votar en mi ciudad (Mar del Plata), acompañado de mi hermano Aníbal y de mi madre, Mercedes (a quien le dicen “Mecha”). Los tres emitimos el sufragio a favor de la libertad.

Pero esa misma noche, si se ganaba, yo no iba a poder festejar como me hubiese gustado (en el búnker junto a toda la hinchada), porque tenía que viajar desde Mar del Plata (previo trasbordo a Buenos Aires) a Paraguay a dar una conferencia. No lamentaba para nada el viaje; sino que justo coincidiera con semejante día.

Ya en la cafetería del aeropuerto, esperando el embarque y olfateando el histórico triunfo que se sentía venir, sin que mediara un solo dato oficial, poco después de las 20 h en el medio de un clima de velorio, desde mi celular veía la imagen en vivo de un resignado y cabizbajo Sergio Massa, que salía a escena para hablarles desde su aguantadero partidario a los militantes rentados, y reconocer públicamente la derrota⁸. No estaban presentes ni Cristina Kirchner ni Alberto Fernández acompañando a su candidato: ya sabemos quiénes son los primeros en huir del barco cuando hay malas noticias.

NM: ¿En qué momento del balotaje te enteraste de que ya eras presidente?

JM: Cuando me llamó Massa.

NM: ¿Fue amable el diálogo? ¿Te felicitó?

JM: No, me llamó para decirme que iba a salir a reconocer la derrota, pero no me felicitó ni nada”.

De inmediato me llegaron mensajes de WhatsApp y llamados de todos lados. No daba abasto con mis eufóricas respuestas, y mi habla se entrecortaba por la emoción. Estaba al borde del llanto, un probable mecanismo involuntario para aflojar la tensión psíquica tras tantos meses de intensidad emocional.

Poco después, los datos confirmaron que Javier Milei y los argentinos de bien demolían a Massa y su endemoniada comparsa con el 56% de los votos contra el 44% de estos últimos: una paliza histórica con casi 15 millones de sufragios.

Mi viaje era por la compañía Aerolíneas Argentinas, cuyo funcionamiento es el propio de las empresas del Estado: el horario se retrasó más de una hora, mi valija se perdió porque, por error de la empresa, había sido puesta en un vuelo equivocado (la recuperé días después), y dicho atraso me impedía conectar debidamente en Buenos Aires para llegar a destino en tiempo y forma.

Tuve que cancelar el vuelo y desde el aeropuerto llamé a mi hermano:

“AM: ¿Qué hacés, loco?, ¿no deberías estar viajando?”

NM: Perdí el vuelo; después te cuento. ¿Te paso a buscar en unos minutos? Vamos a tomar unas buenas cervezas, que hoy tenemos festejo: Javier Milei es el nuevo Presidente de los argentinos de bien”.

Rockas Vivas y Born in the U.S.A

Tras un sinfín de interminables charlas por WhatsApp con mi amigo Marcelo Duclos, a quien conozco desde hace casi dos décadas y con quien nos hemos cansado de coincidir y disentir políticamente durante años por temas varios (él es un libertario de estricta observancia, y yo, un derechista de pura cepa), repentinamente, en los últimos tiempos hubo un poderoso efecto unificador, que barrió toda discrepancia y agigantó las coincidencias: la decisión de Javier Milei de lanzar su candidatura presidencial. A él, además, lo conocemos desde hace muchos años, incluso desde épocas anteriores a la enorme fama que luego conquistó el propio Javier con su innegable carisma, notoriedad que hoy le impide caminar por cualquier calle de Occidente sin ser aclamado de manera espontánea por una multitud que busca tocarlo, darle aliento o arrancarle una selfie, herramienta tecnológica que desde hace mucho reemplazó al obsoleto autógrafo, tan en boga antes de la aparición de los teléfonos inteligentes.

Y así fue como con Marcelo se fueron afianzando lazos, diálogos, cálculos, análisis, especulaciones, preocupaciones y, por sobre todo, el hecho de compartir de manera confidente el intensísimo nerviosismo en todo lo atinente a la vertiginosa y larga campaña presidencial de nuestro candidato predilecto. Incluso, el propio Marcelo se mofaba de que yo me hubiera vuelto adicto a las encuestas, las cuales fluctuaban diariamente a la velocidad del sonido, con números tan dispares como desconcertantes: la encuestología en Argentina se transformó hoy en una suerte de montaña rusa, cuyo favoritismo parecería depender no de estudios científicos, sino de la ideología del medio que las publica o del interés del candidato que las paga. Pero Javier Milei jamás contrató ninguna: No Hay Plata. ¿Te suena esta última frase, amigo lector?

El año estaba terminando, y Marcelo me propuso escribir un libro conjunto sobre el “fenómeno Milei”, y analizarlo desde los más diversos enfoques: el biográfico, el arquero, el Stone, el bilardista, el divulgador, el showman, el académico, el disruptivo, el ideólogo, el despeinado, el libertario, el anticasta, el economista, el polemista, el anticomunista, el amante de los perros, el outsider, el político, y también el Presidente de la República Argentina.

La idea me gustó de inmediato, aunque antes debía resolver unos obstáculos personales como para darme el tiempo necesario para poder sentarme y escribir doce horas diarias a toda marcha.

Superadas las dificultades, me comuniqué con el amigo Andrés Mego (titular de la editorial Hojas del Sur) para exponerle el proyecto: su apoyo fue instantáneo. Seguidamente, le escribí al propio Milei (todavía me resulta raro tener acceso directo a un Presidente de la Nación con esa facilidad) y le expliqué sobre la naturaleza del emprendimiento. Le gustó, y solo le pedí un favor: que me concediera dos horas personales para hacerle un reportaje, a la espera de que, en la parte que me tocaba escribir a mí en este trabajo, pudiese obtener datos y declaraciones exclusivas que no necesariamente hubieran sido expuestas por Javier a lo largo del sinfín de notas que ha dado en los últimos años.

A la semana siguiente, se comunicó conmigo Karina Milei (su inseparable hermana, conocida popularmente como “El Jefe”) para coordinar la entrevista. Yo vivo en Mar del Plata. Estaba desayunando en una cafetería a media cuadra de casa y, ni bien leí el mensaje en el teléfono, le escribí a Javier. Segundos después, sonó mi celular: “Venite hoy a la Quinta de Olivos entre las cinco y seis de la tarde, no gastes en hotel: te quedás en el cuarto de huéspedes”, culminó el Presidente.

Eran aproximadamente las diez de la mañana de un muy caluroso día de febrero del 2024: pleno verano argentino.

Pagué el café a las apuradas. Fui a casa. Armé un bolso precario. Me duché en dos minutos. Encendí el automóvil. Lo llevé a revisar las gomas. Cargué el tanque de nafta y de allí partí rumbo a Buenos Aires por la Ruta 2. Tenía por delante unos 400 km sin siquiera haber preparado las preguntas, las cuales fui elucubrando mentalmente mientras manejaba las más de cinco horas que aproximadamente me restaban para llegar a destino. ¿Cuántas veces un Presidente de la República me iba a invitar a la Quinta de Olivos a charlar en exclusividad y hospedarme? Y así viajé acompañado por la eufórica música a buen volumen de dos de mis discos de cabecera, ahora comprimidos en pendrive: Rockas Vivas, de Miguel Mateos, y Born In The U.S.A de Bruce Springsteen, los cuales me marcaron para siempre.

Fui puntual: a las 17.40 h ya estaba entrando en la residencia presidencial.

El personal de seguridad me sometió a un breve protocolo y, en un hall, mientras esperaba a Mario (un asistente de estrecha confianza de Javier), se me hizo guardar mi celular en una bolsa de polietileno negra, cerrada fuertemente con una suerte de abrojo. Luego se me explicó que esa directiva provenía de la gestión anterior (Alberto Fernández), cuyas fiestas y ampulosos banquetes eran tan habituales y ostentosos que, para que los invitados no tomaran fotografías y trascendieran las desvergüenzas, se neutralizaba el uso de teléfonos mediante este mecanismo cancelatorio.

Al rato apareció Mario y me saludó con toda amabilidad. Le pregunté si ya podía liberar el celular, y no hubo reparos. Más aún, sentí en él un gesto de disgusto respecto de que dicha medida aún no hubiera sido quitada por innecesaria. Seguidamente, en una suerte de miniauto (algo similar a los carritos de las canchas de golf), me llevó hasta el cuarto de huéspedes. A la media hora, Mario golpeó mi puerta, y me dijo que el Presidente me esperaba en la piscina de la Quinta, a metros de la residencia presidencial.

Al llegar, Javier estaba absolutamente solo, en medio de la pileta con el agua al cuello. Saludé con expresiva alegría y me zambullí con naturalidad, olvidándome de la formalidad que implica estar ante el hombre más importante del país. Conozco a Javier desde hace casi diez años, pero ocurrió que la sencillez suya en el trato me hizo olvidar que ahora era la máxima autoridad de la República.

Allí estuvimos conversando a solas de política algo más de una hora y media. Milei caminaba (y yo lo acompañaba) sin cesar de una punta a la otra de la pileta, ejercicio que suele practicar

para combatir tantas horas de trabajo y consiguiente sedentarismo (duerme menos de cinco horas diarias). Y, luego de la gimnástica tertulia, salimos del agua, tomamos nuestras respectivas toallas y me dijo que me esperaba para cenar en media hora.

Lo curioso del caso es que ese mismo día se estaba discutiendo en el Congreso la famosa Ley Bases, que fue enviada por el Presidente y que las fuerzas parasitarias, celosas del quite de fideicomisos y de los contubernios dinerarios que el proyecto de Ley contemplaba erradicar⁹, estaba siendo boicoteada por los innobles agentes de la casta hasta extremos insoportables (recordemos que la fuerza política de Milei es sumamente nueva y, por ende, minoritaria en el Congreso), lo que a la postre generó, días después, que el Presidente (quien no llevaba dos meses en su función y ya había enfrentado cuatro marchas desestabilizadoras y un paro general impulsado por la mafia sindical) tomara la drástica decisión de quitar la Ley del debate, y a partir de allí usar las herramientas que el Poder Ejecutivo tiene constitucionalmente a mano: exacerbar el ajuste dinerario a fin de evitar negociados y despilfarro público en las provincias.

Al momento de escribir estas líneas, la Ley Bases se está rediscutiendo con los gobernadores con resultado incierto. Pero, en ese contexto, lejos de verlo a Javier pendiente de noticias, del celular o con algún grado de ansiedad particular, su calma interior era notable. Su tono de hablar pausado, sereno, reflexivo y, más allá de la suerte de la Ley, portaba un notable optimismo tras las medidas económicas que se estaban tomando, cuyo promisorio resultado le permitirá una auspiciosa elección en las contiendas legislativas de medio término, en 2025. Si estos vaticinios se concretan, el Congreso quedará mucho más equilibrado (su fuerza electoral apenas renovaría dos diputados y su crecimiento legislativo sería exponencial), siendo que, de este modo, Milei tendría muchas más chances de completar las urgentes reformas económicas y políticas que la gente votó, que la Argentina necesita y que los mercaderes de una partidocracia decadente y rufianesca buscan entorpecer para perjuicio del pueblo y para disfrute de sí misma.

No soy detallista ni tengo una gran memoria fotográfica pero, cuando finalmente acudí al recinto donde íbamos a cenar en la Quinta (alrededor de las 21.00 h), casi con seguridad creo que estábamos en el mismo ambiente en el que, en plena cuarentena y con millones de argentinos secuestrados en sus casas (un gigantesco arresto domiciliario impuesto de facto), el sinvergüenza del Presidente antecesor, Alberto Fernández, había festejado el cumpleaños de Fabiola Yáñez, su concubina, con varios amigotes cuyas sonrientes fotos trascendieron en las redes y se tornaron en uno de los tantos escándalos de inmoralidad política a los que por décadas estuvimos acostumbrados los argentinos¹⁰. ¿Habrá sido ese indisculpable episodio el que apuró la decisión del gobierno anterior, consistente en anular el uso de los celulares al encerrarlos en las citadas bolsas negras?

El desastre heredado hizo que hoy el país viva una crisis sin precedentes y el grueso de los habitantes esté pasando un momento económico significativamente malo; no son pocos los argentinos a los cuales les cuesta un gran esfuerzo llegar a fin de mes: gran parte de ellos votaron a Milei.

A lo mencionado cabe sumar que dicho malestar social en el modus vivendi se agudizó transitoriamente desde la asunción de Javier como consecuencia del imprescindible ajuste que él prometió hacer y que está llevando adelante a toda marcha, buscando afanosamente equilibrar las cuentas fiscales y acabar cuanto antes con el flagelo criminal de la inflación: el sinceramiento de varios precios artificialmente planchados con el mafioso artificio de la emisión monetaria forjó el alza de diversos servicios.

Pero la austeridad y privaciones que hoy padece la Argentina también se hacen sentir por igual en la Quinta de Olivos: el presidente comió una porción mediana de milanesa al horno, sin

entrada, sin guarnición, sin postre, y, de beber, tomó agua: dudo que exista menú más aburrido. Para no desentonar, yo pedí una milanesa de pollo al horno, aunque la acompañé de una ensalada de zanahoria y huevo. Pero el agua la solicité con gas, para darle un poco de glamour al “festín”.

Prendí el grabador. El reportaje se dio durante una hora cuarenta minutos, y aquí viene una necesaria aclaración: todo lo que será expuesto en la parte del libro que me compete y merezca ser reseñado o su fuente citada siempre estará a pie de página con sus detalles respectivos. Pero todo lo reportado y transcrito en cuanto al diálogo personal con el Presidente, estará entrecomillado, pero sin citar la fuente, a fin de evitar el hastío de andar reiterando a cada rato: “Archivo en poder del autor”.

Al finalizar el reportaje, me fui a acostar y, a las ocho de la mañana del día siguiente, un mensaje telefónico de Javier me invitaba a desayunar. El asistente me vino a buscar, y me condujo a un pequeño ambiente sin decorado y con poca luz. Javier estaba con la misma chomba negra de la noche anterior, y su desayuno consistía en tres (¡sí, tres!) galletitas de agua, una pequeña porción de queso crema y una taza de té. “Fin”, diría Manuel Adorni, su vocero oficial.

¡Pero a no confundirse! No siempre se vivió así en Olivos. En la Quinta se me confirmó que el Presidente “nacional y popular” Alberto Fernández desayunaba, almorzaba y cenaba como un jeque árabe. Corrían los rumores de que su hábito predilecto era tomar champagne de mil dólares la botella (marca Cristal), precisamente en el mismo país en el cual su gobierno dejó un 50% de pobres, 10% de indigentes, ocho millones de personas con trabajo informal (no registrado), una inflación equiparable a la dictadura de Venezuela y un 60% de niños argentinos comiendo una vez al día.

Poco después, el propio Alberto Fernández (hoy envuelto en bochornosos escándalos de corrupción¹¹) se excusó telefoneando a Milei, alegando ser “abstemio”¹². Pero luego las cuentas oficiales marcaron que la compra de bebidas alcohólicas en la Quinta de Olivos durante su desgobierno eran tan habituales como onerosas: por ejemplo, conforme información oficial provista por el periodista Jonatan Viale, durante el mes de agosto 2021, en plena pandemia (donde las visitas o reuniones eran mínimas y el Presidente solo vivía con su pareja), en la Quinta de Olivos se compraron 48 botellas de champagne extra brut; 96 botellas de vino Trumpeter blanco; 128 botellas de vino Trumpeter malbec; 24 botellas de vino marsala; 24 botellas de vino oporto; 48 botellas de ananá fizz; 48 botellas de Sidra; 64 tetras de Uvita blanco; 64 tetras de Uvita tinto; 288 porrones de cerveza Corona y 184 porrones de cerveza Stella Artois¹³. ¿Quién tomaba, entonces?

A lo dicho cabe agregarle, por ejemplo, que el tiempo estimado en ir desde la Quinta de Olivos hasta la Casa Rosada en automóvil oscila entre una media hora a cuarenta minutos promedio. Pero el “líder de los pobres”, Alberto Fernández, iba y venía a diario en helicóptero (cada vuelo sale al menos cinco mil dólares —diez mil dólares diarios, es decir, dos millones seiscientos mil dólares anuales de costo—). En sentido contrario, Javier Milei, para no perder tiempo, trabaja directamente desde la Quinta de Olivos, comunicándose con sus ministros de manera virtual, a excepción de los martes y de los jueves, cuando acude a reuniones de Gabinete presenciales en automóvil.

Pero Milei no montó esa modesta cena y ese frugal desayuno con quien suscribe para alardear austeridad, sino porque entiende que debe compartir las privaciones con el resto de los argentinos. Aunque Javier Milei, desde el 10 de diciembre del 2023, haya dejado de ser un argentino más.

Cambio de época.

⁷ Infobae. 16/11/2023. “Javier Milei cerró su campaña en Córdoba acompañado por Patricia Bullrich”. <https://www.infobae.com/politica/2023/11/16/javier-milei-llego-a-cordoba-para-encabezar-su-cierre-de-campana-en-pleno-centro-de-la-ciudad-y-con-un-orador-sorpresa/>

[8](https://www.infobae.com/politica/2023/11/19/sergio-massa-reconocio-la-derrota/) Infobae. 19/11/2023. Sergio Massa reconoció la derrota. <https://www.infobae.com/politica/2023/11/19/sergio-massa-reconocio-la-derrota/>

[9](https://tn.com.ar/politica/2023/12/30/que-dice-la-ley-omnibus-sobre-los-fondos-fiduciarios-la-millonaria-caja-del-estado-nadie-controla/) TN. 30/12/2023. Qué dice la Ley Ómnibus sobre los fondos fiduciarios, la millonaria caja del Estado que nadie controla. La Ley Ómnibus incluye un artículo que pone el foco sobre el uso del dinero destinado a los fideicomisos públicos, una herramienta que los gobiernos usan para financiar obras y proyectos y sobre la que no hay auditorías profundas. <https://tn.com.ar/politica/2023/12/30/que-dice-la-ley-omnibus-sobre-los-fondos-fiduciarios-la-millonaria-caja-del-estado-nadie-controla/>

[10](#)

Infobae. 07/12/2023. Alberto Fernández dejará el Gobierno sin ser sobreesido por la fiesta en Olivos en plena pandemia.

<https://www.infobae.com/judiciales/2023/12/07/alberto-fernandez-dejara-el-gobierno-sin-ser-sobreesido-por-la-fiesta-en-olivos-en-plena-pandemia/>

[11](#)

Perfil. 09/03/2024. La Justicia unificará las causas por corrupción contra Alberto Fernández. <https://www.perfil.com/noticias/politica/la-justicia-unificara-las-causas-por-corrupcion-contra-alberto-fernandez.phtml>

[12](https://www.lanacion.com.ar/politica/en-frases-javier-milei-sugirio-que-continuara-su-avance-contra-los-medios-publicos-y-afirmo-que-la-inflacion-va-a-caer-como-un-piano) La Nación. 07/03/2024. En frases: Javier Milei sugirió que continuará su avance contra los medios públicos y afirmó que “la inflación va a caer como un piano”. “Me comí una fake news con el tema del champagne y Alberto Fernández. Le pedí disculpas y publiqué un tuit dejando constancia de eso.”. <https://www.lanacion.com.ar/politica/en-frases-javier-milei-sugirio-que-continuara-su-avance-contra-los-medios-publicos-y-afirmo-que-la-inflacion-va-a-caer-como-un-piano>

[13](https://www.youtube.com/watch?v=HwYlfjHRA0) Jonatan Viale. Editorial de Joni Viale en “¿La Vés?”: “La Casta Resiste” (Viernes 8/3/24). Todo Noticias. 8 de marzo 2024. <https://www.youtube.com/watch?v=HwYlfjHRA0>

CAPÍTULO 1

MEDIO SIGLO DE DECADENCIA

De la guerra civil a la presidencia de Alfonsín

Antes de entrar de lleno en el fenómeno Javier Milei, es menester repasar un poco la historia relativamente reciente, para poner el país en contexto, máxime si el lector, por su edad, no vivió los hechos que aquí se relatan.

La década de los años setenta en Argentina fue signada por una guerra civil, cuyos protagonistas principales fueron la guerrilla y el terrorismo marxista del ERP, Montoneros, organizaciones afines de menor envergadura y la consiguiente reacción de la ortodoxia peronista con los grupos paramilitares de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), para dar luego paso a la intervención de las Fuerzas Armadas al ordenarles, vía decreto constitucional, entrar en operaciones de combate a partir de febrero de 1975 (en plena democracia).

El descalabro de muertes, bombas, excesos, secuestros, desaparecidos y desgobierno no tenía precedentes en lo que iba del siglo XX. La tercera presidencia de Juan Perón duró muy poco, puesto que, por su edad y por su deteriorada salud, murió en junio de 1974: el país quedó, entonces, al mando de su esposa, “Isabelita”.

Digresión: “Isabelita” era el nombre artístico de María Estela Martínez (tercera esposa de Perón), cuando ésta obraba de bailarina nocturna en Panamá, en el legendario cabaret Happy Land Bar, antro sórdido que Perón frecuentaba mientras estuvo prófugo en ese país. El tirano argentino reparó su atención en ella en la mencionada borrachería, y fue entonces que se produjo el acercamiento. Seguidamente, el propio Perón se llevó a Isabelita a vivir con él a la España franquista en 1960 y, a su regreso a la Argentina, en 1973, el polémico líder la consagró compañera de fórmula de cara a las elecciones de ese año en su pretendido tercer mandato presidencial. Perón ganó cómodamente la contienda electoral. Pero, ante su deceso al año siguiente, asumió como Jefe de Estado la Vicepresidente, es decir, su viuda, tal como lo marcaba el escalafón jerárquico previsto en la Constitución.

Prosigamos.

Entre mayo del 73 y marzo del 76 (todo el período democrático), hubo seis ministros de Economía distintos, cada uno con su respectivo programa (Celestino Rodrigo es el más tristemente recordado, aunque no el principal responsable de “el rodrigazo”) y el país se batía entre la enorme inflación, la anomia, la inseguridad física, material e institucional. Ello precipitó, en marzo de 1976, la asunción de las Fuerzas Armadas al poder, las cuales, guste o no, contaron con el apoyo masivo de la población y de los actores políticos de la época. Estos sectores, en ese contexto de guerra civil, no se limitaron al mero apoyo formal a la reacción militar, sino que colaboraron en una suerte de cogobierno. Prueba de ello es el cúmulo de intendencias manejados por los partidos políticos que funcionaron durante la administración del General Jorge Rafael Videla: la Unión Cívica Radical aportó 310 intendentes. El Partido Justicialista (presuntamente

“derrocado”), 192 intendentes. En tercer lugar, se encontraban los demócratas progresistas con 109, seguidos por los frondistas del MID (Movimiento de Integración y Desarrollo) con 94; la Fuerza Federalista Popular, con 78; los demócratas cristianos, con 16; y el izquierdista Partido Intransigente, con 4¹⁴. Incluso, ciudades de importancia como Mar del Plata, fueron comandadas por el Partido Socialista¹⁵.

Pero la posterior habilidad de los civiles y politiqueros del sistema para hacerse los distraídos con respecto a las responsabilidades políticas durante la guerra interna y los cargos ocupados durante el gobierno de facto ha provocado que las nuevas generaciones adoctrinadas en los establecimientos educativos y en la propaganda del establishment comunicacional hayan creído que “los genocidas” cayeron de la nada y desde la nada se instalaron en el poder. Cabe anotar que solo una voz solitaria se opuso a la eventual posibilidad de un gobierno militar como remedio al desastre de violencia y caos que se vivía: el dirigente liberal Álvaro Alsogaray¹⁶. Y así lo hizo saber mediante una solicitada publicada el 21 de marzo de 1976 en el diario Clarín (tres días antes de la destitución de Isabelita):

“¿Por qué habría un golpe de Estado de liberar a los dirigentes políticos de su culpabilidad? ¿Por qué cargar con el desastre, facilitándoles al mismo tiempo que escapen indemnes y gratuitamente de la trampa en que se han metido? ¿Por qué transformarlos en mártires incomprensidos de la democracia precisamente en el momento en que se verán obligados a proclamar su gran fracaso?”. Seguidamente expresó que a los peronistas hay que dejarlos gobernar porque “dentro de tres meses, el país entero estará clamando para que se vayan, pero no como perseguidos, sino como culpables”¹⁷.

De la epístola de Alsogaray (que luego muchos juzgaron como premonitoria), puede apreciarse que su prevención no era “el golpe” en cuanto tal (históricamente, fue muy habitual en Argentina el apoyo civil a gobiernos castrenses). Lo que Alsogaray argumentaba allí era, básicamente, que el costo político del desastre debía pagarlo el peronismo, y no una fuerza exógena que los redimiera, para evitar que luego la misma corporación política inútil y corrupta volviera al ruedo exculpándose y victimizándose. El problema es que esta última, posteriormente y con su habitual cinismo, construyó un relato engañoso, satanizando a los mismos gobiernos militares a los que reiteradamente apoyó y con los que colaboró ocupando cargos de relevancia.

En cuanto a los tristes números de la guerra civil, tras años de mentiras, distorsiones y ocultamiento por cuestiones ideológicas o negocios ilegales (tal el caso de la escandalosa estafa de “Sueños Compartidos”¹⁸ perpetrada por la banda castrocomunista Madres de Plaza de Mayo¹⁹), estos con el tiempo se fueron despejando: cerca de 500 muertos hubo en democracia a manos del grupo peronista Triple A²⁰. Hubo también, durante el gobierno peronista, 900 desaparecidos, tras el precipitado decreto gubernamental N.º 261, emitido en febrero de 1975 y ampliado en octubre de ese año, el cual ordenaba a las Fuerzas Armadas “aniquilar el accionar de los elementos subversivos”²¹. Y acá viene el dato que más les molesta a los empresarios de los Derechos Humanos: los desaparecidos, durante el gobierno militar, no fueron “30.000”, sino 6.348, cifra confirmada en 2016 por la Secretaría de Derechos Humanos, a la sazón a cargo de Claudio Avruj, conforme lo acredita el organismo oficial Registro Unificado de Víctimas del Terrorismo de Estado²². Y, respecto de la guerrilla, esta contó con una estructura de 25.000 integrantes y se le atribuyen 21.700 atentados: entre estos más de 1500 homicidios, 45 copamientos de unidades militares, 1748 secuestros, 1052 atentados incendiarios y 5052 colocaciones de bombas²³, entre varios otros miles de crímenes, dentro de los cuales se cuentan 2368 heridos²⁴. En tanto, los niños atacados por las milicias izquierdistas totalizan 142,

distribuidos del siguiente modo: 29 asesinados, 79 heridos y 34 secuestrados²⁵. Todo lo expuesto fue un verdadero drama fratricida cuyas secuelas, medio siglo después, aún perduran²⁶. Pero hay un dato (entre muchos otros) que rescatamos para ilustrar a las nuevas generaciones que, tras tantos años de intensa propaganda ideológica, han sido borrados del discurso oficial: el juicio que Alfonsín decretó realizarle a la Junta Militar en los años ochenta, a pesar de su manifiesta parcialidad e ilegalidad (cuya argumentación jurídica excede el objetivo de este libro), llegó a la indubitada conclusión de que la Argentina vivió una Guerra, y así se lo expuso reiteradas veces en los considerandos de la Sentencia:

“En consideración a los múltiples antecedentes acopiados en este proceso y a las características que asumió el terrorismo en la República Argentina, cabe concluir que, dentro de los criterios de clasificación expuestos, el fenómeno se correspondió con el concepto de guerra revolucionaria [...]. Algunos de los hechos de esa guerra interna habrían justificado la aplicación de la pena de muerte contemplada en el Código de Justicia Militar [...]. No hay, entonces, delincuentes políticos, sino enemigos de guerra, pues ambas partes son bélicamente iguales [...]. Como se desprende de lo hasta aquí expresado, debemos admitir que en nuestro país sí hubo una guerra interna, iniciada por las organizaciones terroristas contra las instituciones de su propio Estado”²⁷.

En cuanto a la gestión económica castrense, cabe agregar que esta tuvo cuatro gobiernos distintos²⁸ con cuatro planes de economía disímiles, inconsecuencia de rumbo que de antemano anticipaba que nada podía salir bien. A lo dicho, cabe agregarle la guerra de Malvinas naciente en abril de 1982 contra Gran Bretaña, la principal flota de la OTAN. Previsiblemente, la Argentina fue derrotada, y ello contribuyó aún más al debilitamiento del gobierno. Con este revés, la gestión militar quedaba agotada, y tres fueron las razones fundamentales de su desgaste: 1) mucho se les cuestionó la metodología aplicada para reprimir a la guerrilla y al terrorismo (vale destacar que el mecanismo fue idéntico al creado y utilizado por el peronismo antes de la participación militar en el poder); 2) los incongruentes desmanejos económicos antedichos; 3) la derrota en la guerra de Malvinas, todo lo cual generó una suerte de naufragio, no dándole al gobierno de facto otra alternativa que la de llamar a elecciones para fines de 1983.

Para las históricas contiendas electorales que inauguraron la democracia moderna, de parte del peronismo, el candidato presidencial era Ítalo Lúder (1916-2008), un profesor de derecho relativamente serio, en la medida en que la militancia peronista permite serlo. Pero los recuerdos del último gobierno peronista estaban intactos en la sociedad y sus alcances habían sido tan horribles, que la balanza parecía inclinarse por el otro candidato con chances, Raúl Ricardo Alfonsín (1927-2009), el hombre escogido por la Unión Cívica Radical y muy fuertemente apoyado por la socialdemocracia internacional: “Mientras yo viva, ese zurdito jamás va a ser Presidente”²⁹, había esbozado el centrista Ricardo Balbín, su histórico rival partidario, pero había muerto en 1981 y ahora parecía, entonces, no haber mayores obstáculos para que “el zurdito” alcanzara su más caro galardón político.

Alfonsín era un abogado de cualidades intelectuales limitadas pero suficientes, de indudable talento discursivo y visibles atributos carismáticos, quien con buen olfato optó por un discurso institucionalista para contrastar tantos años de violencia política.

¿Dónde estaba el liberalismo? En las anteriores elecciones que se habían suscitado una década atrás (1973), las fuerzas del centro a la derecha habían sido tres: Francisco Manrique por el Partido Federal, que había obtenido el 14,9% de los votos, seguido por la candidatura de Ezequiel Martínez (de electorado similar), quien no sacó más que 350.000 votos (2,7%). Y, finalmente, Hugo Chamizo, del partido Nueva Fuerza, el candidato liberal del partido liderado

por Álvaro Alsogaray, quien, a pesar de haber contado con una notable campaña de marketing, apenas alcanzó los 235.000 votos³⁰. Pero, diez años después (1983), todo eso había quedado licuado y solo subsistía en el mercado electoral la perseverante voz de Alsogaray, quien para esta ocasión armaba su tercer partido político, el cual fue el más exitoso de su intensa carrera: Unión del Centro Democrático (UCeDé)³¹.

Los rostros peronistas de los años setenta sobrevivían en los actos políticos de 1983, pero los recuerdos de varios de ellos vinculados a la violencia, al matonaje o a la incapacidad se encontraban muy frescos en la opinión pública. El ala izquierdista de dicho partido (vinculada al terrorismo montonero) había sido derrotada militarmente, pero su antítesis, la denominada “ortodoxia”, no tenía nada tranquilizador para exhibirle a la opinión pública. Más aún, no faltaron gestos indecorosos, como los del candidato a gobernador bonaerense Herminio Iglesias (famoso por su pésimo manejo del idioma castellano) quien, en un acto público, quemó un cajón mortuario con las siglas de la UCR: no son pocas las voces que le atribuyen a este recordado episodio un dato clave en el revés electoral que sufriría el peronismo en esos comicios.

Alfonsín aprovechó estos y otros temores que despertaba su partido contrincante para erigirse como el candidato de “la legalidad”, culminando sus arengas públicas recitando con voz enfática el Preámbulo de la Constitución Nacional.

Las elecciones se dieron el 30 de octubre de 1983, y la singularidad de estas fue que, por primera vez en la historia, el peronismo perdía una elección: Alfonsín obtuvo el 51,72% contra el 40,16% de Ítalo Lúder. El precitado Álvaro Alsogaray acompañado en la fórmula por Jorge Oría (abuelo de Santiago Oría, el actual fotógrafo y cineasta oficial de Javier Milei), si bien respetado y escuchado en su insistente prédica libre-empresista, no arrastraba votos de manera gravitante. De hecho, en esa elección su caudal presidencial fue modesto, aunque pese a las pocas expectativas que se tenía, logró colocar dos diputados nacionales por la Capital Federal³². Pero la realidad es que su figura y su protagonismo se irían acrecentando a medida que el gobierno de Alfonsín y sus sucesivos planes de corte estatista en lo económico y gramsciano en lo cultural (esto último muy en línea con lo que a la sazón representaban el socialismo español con Felipe González y el de su par francés François Mitterrand) iban fracasando. Y así fue como Alsogaray y la Ucedé comenzaron a crecer, y obtuvieron 570.000 votos en las elecciones legislativas de 1985 (en la que sumó dos diputados más). Para 1987, la cifra ascendió a casi un millón, lo que sumó, así, otros cinco diputados más, hasta alcanzar su clímax en 1989, con casi dos millones de votos legislativos, logrando un bloque nada desdeñable de 18 diputados³³.

El desastre de Raúl Alfonsín

Aunque muy reivindicado por la historia reciente, la verdad sea dicha: su gobierno fue un sonoro desastre. Lo primero que hizo al asumir fue llevar adelante un revanchismo contra el gobierno cívico-militar saliente, cuyo pronunciamiento en marzo de 1976 fue apoyado y aprobado por la UCR (es decir, por el partido de Alfonsín), tal como hemos visto. Fue así como el presidente radical impuso un juicio a las cúpulas castrenses a través del decreto 158/83 (atropellando la independencia del Poder Judicial), cuya letra, además, contenía la condena en el decreto mismo, sacando a los acusados de sus jueces naturales, nombrando un tribunal ad hoc para el juzgamiento y, para colmo, aplicándoseles leyes ajenas al fuero castrense, entre un sinfín de irregularidades e inconstitucionalidades más, que puede advertir hasta un incipiente estudiante de Derecho³⁴.

Maliciosamente, toda la revisión sobre los años setenta fue impuesta a partir del 24 de marzo

de 1976, y no se examinó ni una coma respecto de las responsabilidades y felonías cometidas tanto por el terrorismo subversivo como de aquellas endosables a la partidocracia en general y al gobierno peronista en particular (entre colegas no iban a imputarse), parcialidad política y omisión ideológica que no minimiza los atropellos que pudieron haber cometido los sectores castrenses en defensa de la República, pero que, contados o juzgados de manera aislada y ocultando un costado gravitante de la historia, solo podía generar confusión e inducir a las nuevas generaciones al engaño manifiesto.

Vale agregar el antecedente no menor de que el propio Alfonsín había sido abogado ad honorem de los asesinos del ERP, en el secuestro y homicidio cometido contra el empresario de la FIAT Oberdan Sallustro³⁵, dato que pone de manifiesto una vez más sus simpatías militantes a favor de la guerrilla. Incluso, en los años setenta, el propio Alfonsín también mantuvo aceitados contactos con el terrorismo montonero, a varios de cuyos miembros agasajó con afectuosos almuerzos (entre ellos, al indultado terrorista Miguel Bonasso), en agradecimiento por haber colocado, en el órgano de prensa de la ilegal organización, a su discípulo Leopoldo Moreau³⁶: décadas después, tanto Moreau como su hija Cecilia transfuguearon del radicalismo alfonsinista al hampa kirchnerista: “Blanco preferido del agravado resentimiento de Alfonsín fueron las Fuerzas Armadas y por eso el radicalismo ‘zurdo’ mira con benevolencia, casi con ternura, a los jefes terroristas, quizás con remordimiento y envidia por no haberse atrevido a imitarlos, contenido por su resabio de pequeño burgués rebelde, pero burgués al fin, que siempre ha estado ínsito en el radicalismo de todos los tiempos”³⁷, disparó con certeza el pensador conservador Emilio Hardoy en sus memorias.

Fue durante el lapso alfonsinista en el cual, salvo excepciones³⁸, los medios televisivos se mantuvieron en manos del Estado a efectos de controlar la información, llevando adelante una profusa campaña psicológica de inequívoca tendencia marxista, dentro de la cual se atentó contra la libertad de prensa (el presidente tildó públicamente al periodismo independiente como “cagatintas”³⁹), encarcelando a periodistas opositores como Daniel Lupa. Se descubrió, además, una lista negra compuesta por treinta periodistas disidentes, con inminente orden de captura (entre ellos, Rosendo Fraga y Carlos Manuel Acuña), cuyas detenciones, finalmente, se frenaron con motivo del escándalo acaecido. Hasta un personaje despolitizado como Mirtha Legrand tuvo que mudarse de canal, por cometer el “delito” de no adular al mandón predilecto de la socialdemocracia latinoamericana: este y no otro era el perfil del “padre de la democracia” (tal fue el insólito apodo colocado por la embustera runfla que le rinde pleitesía).

Con los antecedentes prototerroristas antedichos del presidente, salvo el caso semiparódico del líder montonero Mario Firmenich (el único terrorista que estuvo preso un tiempo), jamás se encarceló a un solo guerrillero⁴⁰; y dedicó toda su gestión a humillar a los militares, quienes, paradójicamente, en enero de 1989, lo salvaron del intento de golpe de Estado perpetrado por el ataque homicida de la organización marxista MTP (Movimientos Todos por la Patria), por entonces comandado por el avezado terrorista internacional Enrique Gorriarán Merlo (en el ataque los criminales asesinaron a una docena de uniformados): es decir que los militares a los que Alfonsín maltrataba lo salvaron de la guerrilla que él reivindicaba.

En política internacional, de la mano del canciller socialista Dante Caputo, la Argentina tuvo relaciones carnales con las tiranías comunistas de la época, e incluso votó de manera negativa, ante la ONU, en la Comisión de Derechos Humanos, en marzo de 1987, en la acusación que pesaba sobre el eterno despotismo de Cuba por sus consabidos atropellos a la libertad y dignidad del hombre. Es más: la empobrecida Argentina alfonsinista otorgó créditos incobrables a Nicaragua y a Cuba por 400 y 600 millones de dólares respectivamente. Asimismo, en su afán

por consolidar lazos con los totalitarismos izquierdistas de la época, en avieso desprecio por la democracia y por el sistema republicano, firmó “convenios culturales” con países de la talla de la República Argelina (03/12/84), Nicaragua (16/02/84), Cuba (09/08 y 13/11/84), Rusia (26/01 y 26/07/86) y Bulgaria (29/07/86)⁴¹.

Para júbilo de los delincuentes, Alfonsín fue también precursor del garantismo penal, promoviendo la sanción de las leyes 23.050 y 23.077, las cuales ampliaban la eximición de prisión y disminuían las penas para el infanticidio, ocupación de inmuebles y muchos otros delitos. En cuanto a la administración de la cosa pública, la burocracia y el despilfarro socialista se expandieron desmesuradamente, y de 8 secretarías de Estado se pasó a 42; de 20 subsecretarías a 96 y se nombró a 280.000 agentes públicos. Ferviente admirador del eurocomunismo, Alfonsín logró que, en 1985, el 50% de los medios de producción estuvieran en manos estatales y la Argentina se constituyera, poco después, en el país no comunista con mayor grado de estatismo del mundo, secundando a México.

En dicho lapso se inauguró, además, la execrable práctica clientelista consistente en traficar miseria con planes sociales, los cuales, por entonces, estuvieron materializados en las famosas “Cajas de PAN⁴²”, que fueron quintuplicadas con motivo del desparramo de miseria que generó su “administración” (si se le puede llamar tal cosa a ese conjunto de improvisaciones colectivistas), cuya Cartera de Economía fue mayormente capitaneada por el tristemente célebre Juan Vital Sourrouille.

Tan adepto de la oratoria como de la pereza laboral, en 1986, por ejemplo, pronunció 130 discursos (uno cada dos días) y concurrió a su despacho 2 o 3 días por semana⁴³.

En materia económica, tras pulverizar el signo peso, en 1985 lanzó el famoso Plan Austral, un programa estatista basado en una receta previsiblemente inservible: emisión de moneda sin respaldo y controles de precios, la cual explotó de manera dramática. Y, para paliar los destrozos económicos y financieros, el “equipo de lujo” que lo asesoraba (así calificó públicamente a sus ministros) lanzó otra “genialidad” bautizada como “Plan Primavera”, inaugurado el 3 de agosto de 1988, el cual no era otra cosa que una renovada aventura socialista que derivó en la hiperinflación más alta de la historia argentina. Desde el 10 de diciembre de 1983 hasta su abandono del poder, el 8 de julio de 1989, la inflación acumulada fue del 664.801%, una de las más altas en la historia mundial, solo parangonable con la Alemania de 1923⁴⁴. La depreciación monetaria fue del 1.627.429%, y, entre el 6 de febrero y el 8 de julio de 1989, el austral (signo monetario de entonces) se devaluó un 3.050%⁴⁵. Si nos atenemos a los argumentos del libro *La Inflación como delito*⁴⁶, escrito por el jurista y académico objetivista⁴⁷ Ricardo Rojas, no desacertamos en sindicarlo al propio Alfonsín como un criminal empobrecedor de alta gravedad.

Durante los cinco años y medio de gestión radical/socialista (la Constitución Nacional entonces vigente ordenaba que el mandato presidencial durara seis años, pero el caos era tal que Alfonsín huyó antes de culminar), el poder adquisitivo se desplomó entre un 107% y un 121%. La deuda externa recibida al comenzar su gestión era inferior a 40.000 millones de dólares, mientras que, cuando escapó de su cargo, dejó al país con 67.000 millones de dólares de deuda, a lo que cabe sumarle 30.000 millones de dólares de deuda interna (ambos guarismos fueron unificados en los años 90), y solo 38 millones de dólares de reserva en el Banco Central, con el país en default y la gente, despavorida, peregrinando por los desabastecidos mercados, para disputarse entre sí un paquete de arroz o de polenta, en las vacías góndolas de la década del ochenta.

En tanto, Alsogaray con su propuesta privatista y desregulatoria de los mercados, iba creciendo en popularidad. Sus constantes apariciones en el taquillero programa político *Tiempo*

Nuevo (conducido durante muchos años por los periodistas Bernardo Neustadt y Mariano Grondona) iba fogoneando su discurso.

Alsogaray era un polemista notable. Sus debates en tvé hacían temblar a sus contrincantes y se caracterizaba por sus punzantes sarcasmos, siempre dichos con imperturbable serenidad. Por lo demás, los acontecimientos de la época les daban la razón a sus pronósticos, lo que le facilitaba ganar los combates verbales que mantenía con sus ocasionales opugnadores.

Uno de los hitos de su ascendente carrera se dio cuando su partido, la Ucedé, promediando los años ochenta, logró convocar a 65.000 personas en el Estadio River Plate, a pesar de que fue un día de lluvia copiosa y, para colmo, la organización se dio el gusto de cobrar entrada. Pero uno de los grandes inconvenientes que desde siempre tuvieron Alsogaray en particular y la Ucedé en general fueron sus dificultades para penetrar políticamente en ámbitos populares. Siempre se lo consideró un partido político “de clase alta” y, cuando mucho, tenía arraigo en sectores medios, mayormente cultivados. Esta ausencia de policlasismo se dio en un contexto en el cual el país poseía un voto cautivo muy rígido: el peronismo en las clases subalternas, el radicalismo en la clase media, la Ucedé en los ámbitos altos y la izquierda trotskista (cuyo referente de la época era Luis Zamora, siempre marginal y predicando divagues extremistas) apenas captaba a un grupo modesto de revoltosos, lo que nunca le permitió tener mayor protagonismo: igual que en la actualidad.

Lo cierto es que, durante los últimos tramos del alfonsinismo, el país estaba literalmente devastado. Todos los servicios públicos estaban en manos estatales y se notaba: no había electricidad (la televisión empezaba a las 18.00 h y estaba prohibido usar ascensores en los edificios, para que la gente no consumiera energía eléctrica). No había agua (estaba restringida a horarios determinados). No funcionaban ni se podían adquirir teléfonos (una vivienda que tuviese teléfono cotizaba a mayor precio en el mercado por el solo hecho de contar con ese servicio tan elemental) y peligraba la reserva de gas. En tanto, fuera de toda realidad, Alfonsín en sus últimos días de ocaso y fracaso, proseguía divagando con el traspaso de la Capital a Viedma y otros emprendimientos faraónicos. La sociedad, empobrecida y hambrienta, escuchaba atónita el cúmulo de tonterías verbalizadas por el presidente-desertor, hoy devenido ficcionariamente en “estadista” por la domesticada propaganda del sistema.

La experiencia “liberal” de Carlos Menem

Se avecinaban las elecciones y el principal candidato opositor era el peronista Carlos Saúl Menem, a la sazón gobernador de la Provincia de La Rioja, quien portaba un look francamente extravagante. Sus kilométricas patillas hacían juego con su habitual disfraz de Facundo Quiroga, cuyo physique du role pretendía imitar a un caudillo federal del siglo XIX. No obstante, el histórico público peronista se identificaba con el inelegante y audaz candidato, quien tenía a su favor un gran poder de seducción, máxime por su modo amable en el trato personal, en tanto que el destartalado radicalismo intentó modernizarse y despegarse del desastre alfonsinista. Para tal fin, el partido de gobierno escogió la figura de Eduardo Angeloz (gobernador de Córdoba) quien sin empachos le copió ad literam el histórico discurso liberal que durante décadas venía promoviendo Alsogaray, buscando no solo “robarle” su ascendente capital electoral, sino también mostrarle a la opinión pública una alternativa bien distinta respecto de la de su correligionario Alfonsín, que malgovernaba el país con reputación calamitosa y con pésimas noticias cotidianas.

Pero la suerte estaba echada. Ya no había chances para un nuevo gobierno radical y

Alsogaray, a pesar de su crecimiento, proseguía sin penetrar en las capas subalternas: el domingo 14 de mayo de 1989 ganó Menem con el 47,5% de los votos, seguido por Angeloz con el 37% y Alsogaray (quien encabezó una confederación de partidos liberal-conservadora denominada “Alianza de Centro”) obtuvo el 8%, aunque se logró una mejor votación en materia legislativa: mucha gente que compartía ideas liberales advirtió que Alsogaray no podía ganar y votó por Angeloz (que, en definitiva, plagiaba su propuesta), pero combinando la boleta con Legisladores de la Ucedé. Fue así como Alsogaray y su gente sacaron 1.200.000 votos para Presidente y 1.800.000 votos para Legisladores, armándose de un bloque de Diputados considerable, tal como fuera detallado anteriormente.

Con un Estado destruido y una hiperinflación sin precedentes, el “estadista” Alfonsín abandonó despavorido su cargo seis meses antes de lo previsto por la Constitución Nacional, y se lo tiró con desesperación a Menem en el afán de sacarse el incendio de encima. A lo dicho, cabe sumarle, en el plano internacional, el desprestigio de las políticas estatistas, cuya máxima expresión fue la caída del Muro de Berlín y el virtual fin de la Guerra Fría⁴⁸. Luego, el año de asunción de Menem a la presidencia (1989) se presentaba como el cambio de época justo para que el flamante presidente echara mano sin el menor prejuicio ideológico a doctrinas que siempre le habían sido esquivas.

En efecto, el hábil Carlos Menem se quitó su exótico ropaje, se recortó y perfeccionó las patillas; comenzó a vestir trajes impecables y lo primero que hizo fue llamarlo a Álvaro Alsogaray para solicitarle ayuda y exponerle su pretensión de pegar un drástico giro a las privatizaciones, la desregulación económica y la economía “popular” de mercado (adaptación de “libre empresa” a la jerga peronista): “Ganaron la batalla ideológica y perdieron la política”⁴⁹, afirmaban respecto de la Ucedé Fabián Doman y Martín Olivera, dos periodistas abocados a biografiar a Alsogaray y la historia de su partido.

Digresión: en el ambiente liberal se decía que la expresión usada por el menemismo “economía popular de mercado” era redundante, puesto que la economía de mercado es por naturaleza popular.

Prosigamos.

Si bien no son pocos los errores en los que incurrió la gestión de Menem, no se puede dejar de mencionar una multiplicidad de logros concretos. Hubo un crecimiento exponencial de la producción (un promedio del 7.5% anual del PBI), una rápida modernización de los servicios públicos, importantes obras de infraestructura (con Alfonsín el abandono del país era tal que ni siquiera se podía transitar por las rutas), acceso a tecnología importada a muy bajo costo y un descenso drástico de la pobreza que, en las postrimerías de la gestión de Alfonsín, ascendía al 47%. Vinieron al país inversiones millonarias, las exportaciones se duplicaron y el consumo por habitante creció un 35%. Otro mérito que cabe atribuirle es que desde 1983 al 2023, fue el presidente que, hasta entonces, más respeto tuvo por la libre expresión y la libertad de prensa. Ello fue gracias a la privatización de los canales de tevé (que le brindaron independencia editorial a cada grupo comunicacional) y al auge del cable, algo que paradójicamente le jugaba en contra al propio gobierno, ya que la inmensa mayoría del periodismo de entonces le fue rabiosamente opositor. Una muestra de esto último nos la aportan la consultora Nueva Mayoría y la Fundación Konrad Adenauer que, en un paper publicado en 1997, determinó que más del 70% de los programas políticos estaban en manos de la izquierda.

En materia económica, se implementó una firme tendencia privatista (toda una novedad para la tradición peronista, que siempre hizo del Estado un culto idolátrico), pero también hay que decir que, aparejadamente, el gasto público se incrementó un 143% durante el primer mandato de

Menem y, en el segundo, aumentó un 36,5% más. Del mismo modo, el presupuesto de Presidencia de Menem fue de 703 millones de dólares en 1995 y subió a 3285 millones en 1999. Con el objetivo de mantener altos niveles de vida de un modo artificial, durante el período 1991-1995, el déficit se alimentó con la venta de activos de las privatizaciones y, en los años subsiguientes, a través de endeudamiento. Con ello la deuda ascendería a 147.000 millones de dólares al finalizar sus dos mandatos, en 1999⁵⁰. Durante esta década, el incremento del gasto público representó dos veces el crecimiento del PBI, y el déficit fiscal fue de 12.000 millones de dólares. Vale decir que se acusa a la década de los noventa de disminuir la influencia del Estado, aunque el gasto estatal creció 100% y la economía argentina, 40%. Pero el peor efecto fue el propagandístico, porque se generó la sensación de que lo que falló fue la reforma del Estado, y no su desequilibrio fiscal⁵¹. Es por eso que Milei insiste enfáticamente en que las principales crisis económicas que ha mantenido la Argentina durante décadas obedecen al déficit fiscal. Los datos de nuestra historia le dan la razón.

Todo este déficit se llevó a cabo para sostener un plan discutido en el mundo liberal, conocido como la “convertibilidad”, en el cual el bien mueble por excelencia (es decir, la moneda), tenía un importe no fijado por la ley de la oferta y la demanda, sino por una determinación legal que le impuso un arbitrario valor nominal (el famoso “uno a uno”⁵²). Pero la convertibilidad no fue una decisión solo atribuible a Menem o a Domingo Cavallo (su ministro de Economía y artífice del programa), pues el nuevo sistema monetario fue votado por ambas cámaras del Congreso⁵³ y ratificado constantemente durante el grueso de su gobierno. Sin embargo, fue el propio Alsogaray quien, ya en 1993, en sus memorias, refiere que la convertibilidad era una herramienta necesaria para erradicar la inflación, pero que debía tener una naturaleza transitoria, y se debía salir de ese sistema rígido ni bien las condiciones estuviesen dadas⁵⁴.

Lo que distinguió esta etapa respecto de sus antecesores es que el gasto público no se financió con la “maquinita” de fabricar papel pintado (emisión monetaria sin respaldo), sino con el dinero de las privatizaciones monopólicas, la formidable suba impositiva (el IVA⁵⁵ trepó al 21%) y, por supuesto, con el endeudamiento externo. Hacer mención a la asfixiante artillería de impuestos confiscatorios no es un detalle menor, puesto que la herencia de la gestión de los años noventa en materia tributaria, según detalló el economista liberal Agustín Monteverde, arrojó que “el Estado se llevase tres quintos de la riqueza generada por el contribuyente promedio, los alicientes para la evasión o para la elusión son altísimos mientras que los riesgos de ser detectado —especialmente en ciertas actividades— son mínimos”⁵⁶.

Vale reiterar que dicho esquema logró acabar con la inflación, lo que no fue poca cosa en un país acostumbrado a la depreciación monetaria crónica. Asimismo, no puede afirmarse alegremente que la convertibilidad constituya de suyo un mal pero, sin temor al error, podemos afirmar que, sin equilibrio fiscal, es una empresa destinada al fracaso, y dicho equilibrio no lo tuvo: provincias enteras se servían del aparato estatal para sustentar el paternalismo clientelista a través de la indiscriminada creación de empleo público superfluo (provincias como La Rioja, Santa Cruz o Tierra del Fuego tenían un empleado estatal cada tres familias y la mismísima ciudad de Buenos Aires ostentaba nueve empleados públicos por manzana). ¿Y quién pagó esta jarana? Como siempre, el sobrepeso recayó sobre las espaldas de la empresa privada con abrumadores impuestos; la recaudación impositiva llegó a crecer \$30.000 millones anuales entre 1991 y 1999.

También fue en esta década cuando el aparato estatal gastaba 20.000 millones de dólares por año, y gran parte del dispendio se iba en miles de cargos electivos con sus inacabables derivados (asesores, subsidios, prebendas, módulos, nepotismos y amiguismos). Entre los yerros cometidos

durante la gestión de Carlos Menem, probablemente el mayor haya sido haber desnaturalizado — en connivencia con el inefable Raúl Alfonsín— una Constitución Nacional que, aunque criticable en algún punto (tal es el caso del demagógico artículo 14 bis), en líneas generales, era un andamiaje normativo sumamente valioso. Pero, con el irrefrenable afán reeleccionista (para lo cual había necesariamente que reformar la Ley Fundamental que impedía la reelección presidencial), se llevó a cabo un Proceso Constituyente que funcionó en la Provincia de Santa Fe en 1994. Fue allí donde se le incorporaron a la Constitución kilómetros tratados internacionales y así, se perdió no solo la soberanía jurídica a través de la internacionalización del Derecho, sino que se agregaron normativas difusas y “sociales”, que fueron destiñendo parcialmente su impronta de origen.

Como quiera que sea, con pros y contras, Menem asumió su presidencia con un país absolutamente devastado y desde las cenizas lo llevó a la cima de la modernización, la estabilidad, el consumo, el crédito y la euforia. Aunque el mal manejo presupuestario acabó entregándolo en una situación sólida pero no exenta de complicaciones importantes, que el próximo presidente no solo no supo manejar, sino que agravó.

El fallido interregno de Fernando de la Rúa

A pesar de los problemas de referencia, la convertibilidad gozaba de alta aceptación en la opinión pública. Tanto es así que, ya en 1999, ante las nuevas elecciones presidenciales en ciernes, paradójicamente era el candidato peronista Eduardo Duhalde el que cuestionaba dicha herramienta y la fórmula opositora Fernando de la Rúa-Carlos Álvarez (coalición UCR-FREPASO) de extracción socialdemócrata, fue la que se presentó como garante de esta, a tal punto que, en el fragor de la campaña electoral, el futuro presidente de la Rúa, para tranquilizar a la población, lanzó un spot televisivo ratificando que mantendría la paridad “un peso, un dólar”⁵⁷. Del mismo modo, su candidato a vicepresidente, Carlos “Chacho” Álvarez, tuvo que confesar su “arrepentimiento” por haber votado como diputado en contra de la Ley de Convertibilidad. Y, como si esto fuera poco, el mismo padre de dicho sistema económico, el exministro de Menem, Domingo Cavallo, sería designado más adelante ministro, pero del propio gobierno de De la Rúa, una muestra más del afán continuista del rumbo.

Finalmente, el 24 de octubre de 1999, llegaron las elecciones presidenciales. La década menemista culminaba y la sociedad decidió darle una nueva oportunidad a la golpeada Unión Cívica Radical, por cuya debilidad ahora se presentaba en coalición con el FREPASO⁵⁸. La diferencia en votos fue contundente: 48,37 % de la Rúa, 38,27 % Duhalde, en tanto que la candidatura filoliberal de Cavallo⁵⁹ obtuvo el 10,22 %, guarismo nada desdeñable para un sector históricamente modesto en votos.

De la Rúa, debido a su breve paso por el poder (fue derrocado por un golpe de Estado civil en diciembre de 2001), no efectuó cambios importantes. En materia económica, solo se limitó a mantener la Ley de Convertibilidad creada por el gobierno antecesor y a resistir las constantes exigencias de Anne Krueger, la férrea representante del FMI, quien ahora pretendía cobrar la deuda heredada.

En rigor, hasta el momento, el dispendio del gasto público que el país venía padeciendo desde hacía 60 años había sido financiado en tres etapas: 1) con la depredación de las reservas en los años cuarenta/cincuenta (allí, el gran responsable del desfaldo fue Juan Perón; 2) con la emisión de moneda sin respaldo y empréstitos hasta culminar los años ochenta; 3) con el activo de las privatizaciones, impuestos confiscatorios y endeudamiento externo hasta el 2001.

Estas tres modalidades se fueron agotando una a una, y la bomba le explotó en las manos a de la Rúa cuando ya no había margen para aumentar impuestos, la emisión de moneda era una receta impedida por la letra de la Ley de la Convertibilidad y la capacidad del endeudamiento externo se había cercenado. La única alternativa posible y razonable era realizar un ajuste severísimo de las cuentas. Por lo tanto, ya sea por falta de agallas, apoyo interno o convicción, esto no se hizo y, ante la ausencia de dinero para paliar el gasto, las provincias (en su mayoría comandadas por el peronismo) comenzaron a emitir monedas de fantasía⁶⁰ (catorce en todo el país), a través de bonos provinciales que reemplazaron virtualmente a la moneda oficial. La desconfianza fue aumentando; se produjo una fuga masiva de capitales y, para apalea el déficit, se acudió al saqueo de las reservas del Banco Central, lo cual destruyó de facto la convertibilidad (las reservas en dólares ya no eran equivalentes a la base monetaria). Y, para neutralizar el éxodo de capitales del sistema financiero, se actuó mediante una medida que quedó para la historia: se secuestraron los depósitos bancarios en dólares a fines del 2001, a través de aquello que se dio en llamar “corralito”, lo que afectó inclementemente a los ahorristas y, con ello, el derecho de propiedad. A todo este escenario debe sumársele el cúmulo de cacerolazos, marchas y protestas que acechaban a la clase política al grito de “¡Que se vayan todos!”.

Este estado de alarma resintió aun más la gobernabilidad, la cual ya había quedado debilitada a partir de la renuncia, meses atrás, del vicepresidente Carlos Álvarez (quien presidía el FREPASO, la fuerza que cogobernaba con la UCR), con motivo del escándalo acaecido por supuestos sobornos otorgados por el oficialismo a senadores peronistas, a cambio de votar una reforma laboral. A estos episodios corrosivos se les suman las diversas componendas golpistas promovidas por el peronismo bonaerense, el propio alfonsinismo⁶¹, la UIA⁶² y un poderoso e influyente multimedio que conspiraba para devaluar la moneda y, así, licuar sus pasivos a costa de arruinar los ingresos de los sectores medios y asalariados.

A todo este cúmulo de adversidades debe sumársele una fatídica pasividad culpable, de parte del presidente, a la hora de tomar decisiones. Desde las páginas del diario La Nación, el humorista Nik lo llamaba “Ese lentísimo Señor Prescendente Frenando de la Duda”. En rigor de verdad, de la Rúa careció de poder en todo momento. Además de los golpistas que conspiraban desde diversos ángulos, la Corte Suprema de Justicia de la Nación había sido ampliada por el gobierno anterior y, por ende, respondía al peronismo, partido que no solo manejaba las principales provincias del país, sino que tenía mayoría en ambas cámaras legislativas. Sumado a esto, el malhumor se fue promoviendo desde la televisión, en donde se ridiculizaba la investidura presidencial, esmerilando aún más su deteriorada imagen. El epicentro de las violentas protestas se dio entre el 19 y 20 de diciembre, con 39 muertos y medio millar de heridos⁶³. Para mal de males, de la Rúa no solo ya no contaba con el apoyo de su partido, sino que lidiaba con su repudio: estaba terminado.

Profesor de Derecho Constitucional, medalla de oro otorgada por la Universidad de Córdoba, conocedor del mundo y sabedor de cuatro idiomas, el presidente no supo adaptarse nunca a las oscuras componendas de la guerra política y tampoco tuvo el temple para enfrentar la crisis e imponer el ajuste: renunció el 20 de diciembre del 2001⁶⁴ a tan solo dos años de haber asumido, saliendo de la Casa de Gobierno en helicóptero, postal que quedó inmortalizada en la memoria colectiva.

Mientras tanto, los amotinados caudillos peronistas se preparaban nuevamente para tomar el poder por asalto.